

EDI ZUNINO

LOCOS

DE AMOR, ODIO Y FRACASO



PODER JUDICIAL



Expediente n°



Novela  Planeta

EDI ZUNINO

LOCOS DE AMOR, ODIO Y FRACASO

 Planeta

I LAS MISIONES

Intro en el espejo

Recién bañado, todavía sin vestir, vio cómo la mascarilla antiage verdosa que trajo de Miami le deformaba las facciones. Anselmo «Mito» Valdivia se juzgó interpelado, sin previo aviso, por la verdadera imagen de sí mismo.

Tratando de hacer foco en lo profundo de esos demoledores ojos negros, dio por probada su repentina teoría de que los espejos arruinaron al mundo. Y todo por la sencilla sinrazón de que los seres humanos, viéndose reflejados cara a cara, tienden a confundirse, a «fundirse», diría Valdivia, con lo que desean ser o, suponen, deben ser. Qué importa si convencidos o no.

«Los espejos —se dijo, mientras reconocía en su corpachón bien formado al atleta que había sido hasta no demasiado tiempo atrás— son el medio de comunicación menos imparcial que existe. Un sujeto juzgándose desde su propia subjetividad... ¡Habrase visto despropósito más enorme con resultados menos verosímiles! Frente al espejo cualquiera se cree imprescindible. ¡Qué pavada!

¿Imprescindible para quién más? Los espejos son una fábrica de paranoicos. De místicos. De gente aterrorizada con que le roben la imagen que debe devolverles el espejo, ilusión óptica que puede funcionar como un llamado de la Historia, como la antesala de una santificación ficticia, como una maldita ideología.»

Se sintió un poco Séneca y bastante cínico adjudicándole todo el poder del engaño, la ambición y el despilfarro a «ese artefacto de veleidades venecianas que todo lo duplica falsamente al revés, operación que en realidad implica dividir».

—Y así estamos —masculló.

Valdivia no se vio tan mal al quitarse la crema con la toallita humectante de origen francés. Cincuenta y cinco diciembres encima podían haberlo dejado muchísimo peor. Es verdad que la tendinitis crónica en el hombro derecho, producto de su relevante paso por el hándbol hasta 1990, le molestaba para cepillarse los dientes o ponerse desodorante y ni hablemos a la hora de sentarse a escribir largo, oficio gracias al cual se lo consideraba uno de los cuatro o cinco periodistas más respetables (y odiados) del país.

Pero ni la adicción forzosa al diclofenac, ni la adicción compulsiva al tabaco, ni la adicción social al alcohol y las drogas habían derivado aún en complicación digestiva, vascular o pulmonar alguna. Lo único que no coincidía con ese galán avasallante y velludo que le devolvía el espejo, era la angustia que solía masticarle la boca del estómago y oprimirle las sienes hasta taladrarle el cráneo, arrojándolo de inmediato a un pozo de tristeza desesperada.

De hecho, estaba vistiéndose para celebrar su propio salto a la Historia. Eligió para tan significativa ocasión el traje italiano negro, la camisa de seda blanca, el moño bordó, el pañuelo de bolsillo al tono y los zapatos puntiagudos de color guinda que había comprado en Madrid, de oferta. Por la mañana, le había enviado vía mail a su editor el último capítulo del Tomo IV de

la *Primera enciclopedia del fracaso nacional*, una obra de tres mil quinientas doce páginas con las que pensaba sacudir la modorra social, reinventar el debate político, torcer la agenda mediática y para qué proponerse más.

Como quien se desliza por un vertiginoso tobogán hacia la inhóspita aventura de recapitular su vida mirándose al espejo en un día crucial, Valdivia recordó que se llamaba Anselmo en homenaje a un tío de su padre que había tenido que fugarse de Alicante con destino a Sudamérica tras un confuso atentado a una comisaría, donde un guardia civil perdiera un dedo, otro un ojo y otro la vida por obra y desgracia de los clavos y tuercas usados que componían la munición gruesa de una bomba casera republicana. Al tío Anselmo lo llamaban «Metralla», porque, además de ser medio tartamudo, adoraba los explosivos. Se jubiló como delegado de planta en una fábrica de sombreros. Lo velaron en un ataúd cubierto con un trapo rojo y negro.

Sin embargo, más que el mandato anarquista de dicha versión de su nombre, a Valdivia le pesaba el apodo, Mito, que remitía a las lecturas púberes de Homero y, por qué no, de Verne y de Salgari. ¿Debía ser un héroe Anselmo «Mito» Valdivia? ¿Un semidiós de «esta pantanosa mentira llamada democracia»? Pues bien: eso, en el fondo, creía él y estaba a punto de poder lograrlo a fuerza de la titánica faena de haber redactado tres mil quinientas doce páginas filosas, pesadas, refundacionales. Había querido cambiar al mundo, de joven. Ahora se conformaba con creer en que algún sentido tendrá.

Así, sometido a las descargas de su cada día más enredada madeja mental, fue que se impuso celebrar en absoluta soledad el ansiado fin de la *Primera enciclopedia del fracaso nacional* junto con el del año 2015. Impar. Único, de alguna manera. El país hervía de odio en una guerra virtual, en las dos acepciones del adjetivo. Aquí lo ficticio y lo aparente siempre fueron posibles.

Se terminaba esa suerte de pseudomonarquía popular que encarnaron, primero, el risueño Juan Martín Kohendörf y, luego, su sucesora y viuda, Catalina Hortigoza. Es sabido que la era de Ojo de Águila y La Jefa dejó su huella (grieta, si prefieren) y abrió paso a una especie de republicanismo fútil, de baja intensidad, con Patricio «El Ingeniero» Month a la cabeza. En medio del final de un proceso político y el arranque del otro estaba, irresoluble, como el reto sobrenatural de una espada en la piedra, la extraña muerte del doctor Adalberto Gómez Pardo.

—¿Se suicidó El Procurador? —le preguntó Valdivia al hombre apuesto de traje negro que se acomodaba el moñito bordó al otro lado del espejo.

—Más bien... —fue la seca respuesta.

—Ya lo sabía. O sea que, definitivamente, no se trató de un homicidio.

—¿Quién dijo semejante cosa? Mire, amigo: usted parece adiestrado de sobra para las conclusiones tajantes.

—Y usted duda tanto de todo, que nada es nada.

—¡Pero qué raro es usted! Acaba de revelar las putas claves del fracaso nacional y sigue pensando que suicidio y asesinato son cosas distintas. Perdóneme, Valdivia, pero demasiado Código Penal usted...

—¡Ah claro, sí, el fracaso! Ahora mire usted, amigo... Todo debe tener un reputísimo límite en la vida. Yo ya sé que nadie se mata, necesariamente, por honor ni por amor ni por desgano. Hay una clase de fracaso que nada tiene que ver con el error, ¿sabe? Ni con la frustración por aquello que no fue, ni con el arrepentimiento por lo que fue o se hizo a destiempo. Casi nada se ha escrito sobre la condición del fracasado, que se parece mucho a la del insatisfecho y en cierto modo a la del angustiado, pero con una tremenda diferencia: fracasado se nace; insatisfecho se está, se hace. El fracaso es una condición. La insatisfacción puede ser

apenas una coyuntura. Casi nadie reconoce un fracaso, ni el más mínimo, pero al diván vamos a parar todos. Aquel que se anime a decir «yo soy un fracasado» mirará al vacío más allá de la ventana de este piso trece como una meta posible. Tentadora. Salvadora. Purificadora, le diría. La insatisfacción, en cambio, es cosa de niños. Puro capricho. Puede resolverse masticando caramelos de ananá. Cogiendo bien la próxima vez. Tácticas hay a montones. El problema es si falla la estrategia y una insatisfacción desemboca en otra y esa en otra más y así. Entonces, chau: la insatisfacción se adhiere al fracaso. He ahí el gran problema de este país: llevamos el fracaso en la epidermis. Se lo garantizo. Me llevó tres mil quinientas doce páginas resolver el enigma.

Pese a tanta vehemencia, no había logrado enhebrar delante del espejo ni dos palabras sobre la supuestamente falsa dicotomía homicidio-suicidio, planteada por su alter ego en un evidente tono de provocación. Evitó suponer que su indefinible angustia ya se le pegoteaba al fracaso. Le transpiraban las manos. Se las secó peinándose la cabellera negra y la barba negra con los dedos y las palmas. Mejor sería ocuparse de la cena. Era Año Nuevo. Una celebración muy especial, en una soledad a cada minuto más apabullante.

Había pedido el delivery de sushi más elogiado de la Gran Ciudad. Treinta y seis piezas de atún rojo, salmón rosado, langostino y pulpo. Demasiado para él solo, al igual que las tres botellas del mejor cava catalán que aguardaban su punto justo en el freezer. Acomodó los rolls y los sashimis y los niguiris y las geishas en la bandeja de madera. En los cuatro potecitos blancos de porcelana dispuso la salsa de soja, la agridulce con sésamo negro, el jengibre y donde debía ir el wasabi («¡Qué asquete es el wasabi!», se dijo) volcó los cinco gramos de cocaína que le había comprado por la tarde a Willy «Peruca» Salazar en la barra de La Vermutherie del Barrio Crespón, pisco sour mediante, ya pensando en el postre.

Al pasar, metió en el polvo blanco apenas las puntas de los palitos de plata (regalo de aquel histriónico sushiman de Nueva York) y, llevándoselas al medio de la lengua con gesto de sommelier experto, cató su máxima pureza tal cual le había enseñado El Comisario Utópico la noche posterior a una requisita memorable.

Por alguna razón que no debía ser la cocaína, dado que esos vicios reconocían otra procedencia, Valdivia se acordó de su padre y avanzó hacia la biblioteca para correr las *Obras completas* del ilustre suicida Lisandro de la Torre. Detrás de los volúmenes de páginas amarillentas estaba la Bersa calibre 22 que le dejara su papá casi por única herencia material. Sacó la pistola de la funda roja de terciopelo, llenó el cargador, lo colocó y la depositó sobre la mesa, junto al smartphone Made in Corea. Hacía falta música. Encendió el smart TV importado ya no interesa de dónde y buscó en YouTube el Concierto N° 2 de Rachmaninoff, en la versión de la pianista china Yuja Wang, que tanto se parecía a Libertad Frontera, alias La Troska, la militante de veintiocho años que, por aquellos días, Mito consideraba el amor del tramo final de su vida. Se sonrió de costado al recordar que, una noche de la primavera anterior, Libertad le había golpeado la puerta con un vestido rojo entallado y estiletos negros, dispuesta a volarle la cabeza, y lo logró. Así de rutilante estaba la pianista pekinesa en el video. Y La Troska tan lejos.

Las sienas le latían con intensidad de tamboril. Sentía la boca del estómago perforada con saña por una motosierra. Destapó una botella. El ¡pum! del corcho lo sobresaltó. Llenó la única copa. Se la bebió de un trago luego de brindar «por el fracaso» y agarró la pistola. Le quitó el seguro, la martilló y la apoyó con fuerza detrás de la oreja derecha, levemente inclinada de abajo hacia arriba...

El clinclín del WhatsApp dio dos alertas. Anselmo apretó los dientes y bufó cual jugador de billar al que le hablan al tiro. Revisó el teléfono con la mano izquierda, torpemente contrariado. Una era Libertad. Decía:

—Hola, Uffffff. Te beso desde Mendoza. Ganas de vos. Me quedo sin señal. Feliz año. —Ella no lo llamaba Mito, ni Anselmo, ni Valdivia. Le decía «Uffffff», como un suspiro desbocado.

El otro era Marcelo «El Comisario Utópico» Dos Reis:

—Estamos todos en el club. Sería un honor que pases un rato por lo menos. Hay de todo. Si no podés, ¡feliz 2016!

Valdivia miró al techo acaso para confirmar que Dios seguía muerto. De las bovedillas peladas, impecables, pasó a revistar las paredes en octógono y los delicados balcones franceses con carpinterías en roble de Eslavonia y rejas artísticas. Esa era su atalaya. Vivir en una cúpula del centro había sido su deseo más absurdo hasta que pudo juntar unos pesos e interpretar el mensaje arquitectónico de Gaudí. Hacia allá abajo, por el oeste, se veía el Palacio Legislativo. Desde allí arriba, por el norte, giraba el chorro de luz del faro del Edificio Antiguo, que en las noches de niebla prometía batiseñales. Tiritaba de angustia. Arrojó el arma con toda su fuerza y un gemido. Al golpear contra el muro, se disparó. El balazo terminó pegando en la esquina superior derecha del espejo y lo astilló por completo. El tirón en el hombro le dolió a Valdivia más que las sogas y los caballos a Túpac Amaru. Corrió hacia el espejo agarrándose el brazo como si el herido fuera él.

—¡Hijo de puta! —gritó llorando ante sí mismo.

—¿Por? —se ufanó el otro, acomodándose el moñito, la copa llena y desfigurado en siete pedazos.

—Porque me quedan cosas por hacer... ¡No me dan descanso!

—Jódase, Valdivia... ¡Y que se cumplan sus sueños!

Sin apagar siquiera las luces y con aquellos manjares destinados al tacho de basura, Mito se fue derecho para el club. Su estado, según él, era de infarto. La pistola quedó en el suelo, sucia de revoque. El loft olía a pólvora.

La Logia brinda

Bajó por la escalera los trece pisos en estado de shock. Tenía mucho en qué pensar. El bramido del tiro terminaba de alumbrarle dos decisiones de vida o muerte.

La primera: le iba a añadir un tomo más, de candente actualidad, a su *Primera enciclopedia del fracaso nacional*. Al fin y al cabo, era obra suya. Nadie tendría derecho a cuestionar que la reabriera para ensayar un redondeo con bombos y platillos. Resultaba imprescindible que se animara, como tantas veces en sus notas para medios nacionales e internacionales, a meterse con los vivos y sus disparates. El problema era que, por primera vez, se había involucrado con sus fuentes de información.

—¿Pero qué le hacen setecientas manchas más a un tigre rabioso de tres mil quinientas doce? —se convenció.

Segunda decisión: debía resolver, sí o sí, cómo se suicidó (o fue asesinado) El Procurador.

Recién en el piso siete lo iluminó el rostro de Clara, su esposa fulminada por un cáncer de páncreas dos años y medio atrás. Ella le sonreía como siempre. Y a él, de tanta luz, lo invadió la culpa. La extrañaba, cierto, pero solo en los ratos libres. Le debía casi todo: el equilibrio, la fama, la identificación a tiempo de enemigos voraces y la inmortalidad que le robó muriéndose, además de sus dos únicas hijas, Solange y Marina, quienes en ese mismo instante se aprestaban a despedir el año con sus respectivos concubinos y suegros.

Las «nenas» ya pisaban los treinta. Se parecían a la madre, salvo en las precoces patas de gallo. No soportaban que Valdivia fuese «tan gorila», descalificación que a él lo sacaba de quicio, y mucho menos que les mirara el traste a sus compañeras de la facultad.

—¡Vos sí que no tenés remedio, pa! —solían reprocharle, indignadas.

Él les respondía recién entonces, escaleras abajo, sin nadie que lo escuche un angustioso 31 de diciembre:

—¡Ay, nenas! ¡Nenas! ¿Saben cuánto las quiere papá?

Cruzó el palier a dos centímetros del piso. Saludó al guardia con un abrazo antes de salir a la vereda. Mito había dejado, quién sabe si a propósito, el Citroën 3CV naranja en la puerta. Por ese coche muy onda setenta lo tildaban de «cool» en el ambiente periodístico, sin importar que le costara un buen rato darle arranque. Antes de hacer contacto chequeó el Facebook, subió a Instagram una foto de la luna entre los edificios del centro y tuiteó desde su cuenta, @MitoVivo:

—¡Gran 16 para todos (y todas)! —y tomó la avenida 9 de Julio hacia el sur...

Había conocido el Club de Dominó y Filantropía de Barrancas allá por agosto de 2013, cuatro noches después de la muerte de Clara, cuando evaluó por primera vez quitarse la vida tirándose al Riachuelo desde el puente viejo. Las ráfagas de aire nauseabundo, viscoso, lo empujaron a descartar la idea ni bien se asomó al vacío. Era indigno amanecer flotando en esas aguas renegridas de porquería. Se le antojó que la identificación lunfarda de los malos olores con la palabra «baranda» debía haberse acuñado en ese mismo lugar. Matarse no debe ser lo mismo que tirarse a la basura, quería suponer, sino darle a la vida un corte apropiado, meritorio, con algún mensaje instructivo. Una clase magistral de valor y sacrificio, de entrega solidaria. Una tajante autocrítica. Una eutanasia preventiva. Eso: un acto quirúrgico de fe.

El reflejo de los faroles en las ondas y más allá en el empedrado lo fueron llevando encorvado de congoja, manos en los bolsillos, silbando, hasta la casona gris de aquella esquina sin ochava en la calle Santa María Elena.

Al club siempre se entró por el restaurante, un bodegón muy recomendable gracias a sus ranas a la provenzal, los buñuelos de

acelga, el cochinillo al horno de barro y los vinos de alta gama y precio de liquidación. Las arañas con tulipas de cristal opaco tallado iluminaban el salón desde 1884, año de la fundación. Se comentaba que por allí habían pasado Juan Manuel de Rosas, Bartolomé Mitre y Carlos Gardel, único visitante ilustre del que quedaba una foto en la pared como prueba: el Zorzal sentado, de bombín y habano en la diestra, cerrando una partida de dominó con ases en ambas puntas de la zigzagueante hilera de fichas.

Todas las mesas eran redondas, salvo una, rectangular y larga junto al mostrador, reservada sin excepción a La Logia del Seis Doble. Cuando Valdivia supo a través del mozo cómo se autodenominaba por lo bajo aquel grupo de hombres mayores de cincuenta años y menores de noventa y cuatro, se le fue el malbec a la nariz de la risa.

—¿Logia del Seis Doble? ¡A la pelota! ¡Esa no la tenía! ¿Vos sabías que las logias fueron un invento de los ingleses para dominar al mundo? Acá se metieron desde mil setecientos y pico para hacer negocios, ¡cómo no! La Gran Logia de Inglaterra. Y escuchá esta: la Grande Loge Générale Ecossaise de France... ¡Escocesa de Francia! ¿Me entendés? Fueron los primeros que hablaron de independencia en este culo del mundo, aun antes de la Logia Lautaro, la de San Martín y O'Higgins y Alvear, que nada de seis dobles: tenían banca de los Caballeros Racionales... Pero antes de esa, hubo una que se llamaba Logia Independencia. A ver, pará... ¿En la jabonería de Vieytes no se reunía La Sociedad de los Siete? ¡Bueno, qué importa! Seis Doble me supera... ¡Jajajajá!

El mozo no entendía ni jota. Y Valdivia necesitaba tiempo para ver la realidad. Al hacerse habitué comprendería por qué debía tomarlos en serio. Llegó a cenar allí cuatro noches por semana. Fue conociendo, uno por uno, a quienes se hacían llamar El Almirante, El Aviador Sin Hoy, El Capitalista, El Dibujante Místico, El Comisario Utópico y El Juez, apodado también Su Señoría.